



Nereo López en Nueva York, 2006. foto de Oscar Frasser

Nereo López: los primeros pasos de un maestro de la fotografía

EDUARDO MÁRCELES DACONTE

Escritor, curador de artes visuales y periodista cultural. Autor de *Nereo López: testigo de su tiempo* (2002), *Los recursos de la imaginación: artes visuales de la región andina de Colombia* (2011) y *El umbral de fuego* (2015).

A diferencia de muchos fotógrafos, Nereo nació lejos de una cámara fotográfica, en Cartagena de Indias, en el barrio San Diego, con más precisión, en la calle Segunda de Badillo, el 1.º de septiembre de 1920. No alcanzó a conocer a su papá, Vicente López, que murió cuando él tenía solo seis años de edad. Como su mamá, Carmen Meza Brum, descendiente de inmigrantes alemanes, sufría de asma. Tuvo que irse a vivir a Arenal, un pueblo cercano a Carta-

gena, que tenía un clima más seco y resultaba más conveniente para la deteriorada salud de su madre. Cuando Nereo contaba once años, su madre también murió, de modo que lo dejó a él y a sus dos hermanas, Ana Araceli y Bertila (Betty) López Meza, en la más completa orfandad.

Sus hermanas tuvieron la suerte de ser criadas por sus madrinas. La madrina de Nereo, sin embargo, consideró que era mejor que el varón entrara a un seminario y así

se hizo. A pesar de su empeño, a los pocos meses Nereo se dio cuenta de que la férrea disciplina de un seminario no estaba hecha para su temperamento y una noche sin luna se escapó con un compañero. Se refugió en una pequeña finca cercana a Cartagena, pero fue descubierto y llevado de vuelta al seminario, en donde el prefecto de disciplina, un sacerdote bonachón, consideró que era un error mantener al joven encerrado contra su voluntad.

Empezó, entonces, para Nereo, una vida solitaria, rodando de sitio en sitio, hasta que llegó a vivir con Constanza Gómez, una prima de su madre. Ella intentó encarrilar al muchacho por el camino de un trabajo que lo llevó a la Base Naval de Cartagena a trabajar como pailero, es decir, la persona que se encarga de mover las planchas metálicas para la construcción de embarcaciones. Los capataces no tardaron en darse cuenta de que Nereo era todavía

un niño, tenía doce años, y no alcanzaba a levantar las pesadas láminas. Así que tuvo que dejar ese trabajo e irse a vivir con su tía Regina Meza y su hijo, pero allí tampoco pudo acomodarse. En su opinión, había adquirido un complejo de orfandad que le hacía rechazar cualquier regaño u observación como ofensivos.

Por aquella época, uno de sus tíos tenía una flota de buses urbanos y Nereo encontró albergue en uno de esos buses. Dormía sobre la banca de atrás hasta las cuatro de la madrugada, cuando se presentaba el chofer a trabajar. Mientras el bus hacía sus primeros viajes de mañana, Nereo permanecía en una gasolinera, donde aprovechaba para bañarse con la manguera de lavar automóviles. Más tarde, Garita, el chofer del bus, y el cobrador (en la Cartagena de aquel tiempo los buses llevaban uno a bordo), a quien llamaban *El Flaco*, lo recogían para ir a desayunar.



Río Amazonas, 1965



Puerto fluvial de Barrancabermeja, 1957

Armado de paciencia, Nereo estudiaba en un parque mientras esperaba a que abrieran el colegio. A la hora del almuerzo, Garita y *El Flaco* volvían por él y luego Nereo regresaba al plantel hasta las cinco de la tarde, cuando terminaba su jornada escolar. Entonces tenía que deambular por la ciudad en un puesto asignado por el chofer hasta las once de la noche, cuando guardaban el bus. Los domingos ocupaba el puesto de cobrador para ganarse unos pesos. Así, andando el tiempo, Nereo aprendió a conducir autobús.

Además de los buses, el tío tenía una pequeña cantina. Y, durante las vacaciones y los días de asueto, Nereo trabajaba allí y hacía buen negocio rebajando el alcohol puro a la categoría de ron y agregándole semillas de anís y cáscaras de naranja, un licor que se volvió el favorito de la clientela. Tuvo tanto éxito que, cuando servían el ron oficial, pues también había que consumirlo, los clientes protestaban y hasta amenaza-

ban con denunciarlos por creer que el oficial era el de contrabando.

Uno de esos días, Nereo conoció a Miguel Arenas, que trabajaba en el Cine Rialto, frente al Pasaje Leclerc, sobre la Calle Larga, donde se encontraba la cantina. El funcionario de Cine Colombia no tardó en encariñarse con aquel desamparado muchacho de la cantina. Pero, para tristeza de Nereo, tiempo más tarde su amigo fue trasladado a Barranquilla.

El cine

El portero del Cine Rialto siempre entraba a echarse un trago en la cantina antes de empezar a trabajar. Con el tiempo se hizo amigo del muchacho y comenzó a dejarlo entrar gratis a ver las películas, muchas veces en compañía de sus amigos, entre quienes se encontraban Manuel Zapata Olivella, Hernando Franco Bossa y Tole Schuster. A esa pandilla de jóvenes tra-



San Andrés Isla, 1959



Piropos callejeros, Bogotá, sin fecha



Bogotá-Girardot (serie El Tren), 1958



Corraleja (serie Rojo más Rojo), Sucre, 1967

viosos se le conocía con el nombre de Los Mets, mucho tiempo antes de que existiera en Nueva York un equipo de béisbol con el mismo nombre.

Hijo de Jacobo Schuster, un inmigrante de Polonia, Tole, que en realidad se llamaba Antonio, se comportaba como el financista del grupo, entre otras cosas porque siempre tenía dinero para invitar a sus compañeros. También tenían el truco de conservar el talón de las entradas para colarse gratis el día que coincidiera el color. Sin duda, hay un fuerte vínculo entre esa temprana afición por el cine y la vocación de Nereo por la fotografía.

De esa época recuerda películas como la primera versión de *Ben Hur*, protagonizada por Ramón Novarro. También recuerda que el telón del teatro estaba en la mitad de la sala, de modo que media audiencia veía el derecho y la otra media, el revés del filme, lo que resulta bien curioso si pensamos que en los primeros años de la década de los treinta la mayoría de las películas que llegaban a Cartagena eran mudas con títulos explicativos.

En ese momento Cartagena era una ciudad pequeña. Así que, si bien Nereo vivía en la calle San Juan de Getsemaní, se encontraba con sus amigos en las retretas del Parque Centenario, donde flirteaban con las chicas o se iban juntos al cine. Las diversiones de los muchachos eran muy sanas. Después de la función, caminaban hasta el Polo Norte, donde vendían los mejores helados de la ciudad. Allí, recuerda Nereo, Tole tuvo que venir en más de una ocasión en auxilio de sus amigos, cuando observaba que alguno, sin tener los recursos suficientes para pagar la cuenta del consumo, trataba de que le aceptaran como prenda por el saldo su pluma Parker, una posesión valiosa en ese tiempo, y así evitar la vergüenza frente a las invitadas, ante quienes querían lucirse.

De adolescente, la ambición de Nereo era ingresar de grumete, o aprendiz de marinero, para hacer la carrera de oficial de marina en la Base Naval de Cartagena. Pero el destino le tenía reservada una sorpresa. Los buses de su tío empezaron a hacer el recorrido hasta Barranquilla, la metrópolis del Caribe colombiano que parecía inalcanzable. En aquel tiempo, la carretera entre las dos ciudades era una trocha por donde se transitaba durante ocho horas.

Aprovechando esta coyuntura, Nereo se comunicó con su viejo amigo Miguel Arenas para solicitarle que le ayudara a encontrar un puesto en Cine Colombia. Pero no era fácil para un joven de catorce o quince años conseguir un trabajo en la distribuidora de películas más importante del país. De modo que, con verdadera pesadumbre, Arenas tuvo que excusarse, ya que sentía un real afecto por aquel muchacho huérfano.

Pero Nereo nunca se ha dejado intimidar por los obstáculos. Su obstinación empezó a dar frutos el día que Arenas, qui-

Pero Nereo nunca se ha dejado intimidar por los obstáculos. Su obstinación empezó a dar frutos el día que Arenas, quizás cansado de su insistencia, le ofreció el cargo de portero del lujoso y recién inaugurado Teatro Murillo, en donde tenía que ponerse un uniforme de mariscal de campo.

zás cansado de su insistencia, le ofreció el cargo de portero del lujoso y recién inaugurado Teatro Murillo, en donde tenía que ponerse un uniforme de mariscal de campo.

Sin embargo, el talento y la simpatía de Nereo fueron motivos suficientes para que, al cabo de un mes, ascendiera al Departamento de Publicidad, en donde se preparaban las cuñas de los programas y se recibía y distribuía el material de propaganda, como fotografías y carteles, para divulgar los es-

trenos. Además, este departamento era el responsable de velar por el buen estado de las películas antes de su proyección.

Para Nereo, este trabajo no tenía un horario definido. Su interés estaba completamente centrado en conocer los intrínquilos del negocio cinematográfico. A los nueve meses de estar en Cine Colombia, se inauguró el Cine Rialto, una sala al aire libre sobre la antigua calle Las Vacas, en Barranquilla. Nereo confiaba en que fuera nom-



Niña andina, sin fecha

brado operador de casilla, o proyccionista, pero se sintió defraudado cuando nombraron a su cuñado, el esposo de su hermana Ana Araceli. Venciendo su proverbial timidez, se atrevió a manifestar que él estaba esperanzado en conseguir esa plaza. Arenas respondió con una risotada: “No sea pendejo —le dijo—, usted va de administrador, va a ser jefe de su cuñado”.

Así empezó a cimentar su reputación de tener buen ojo para seleccionar películas que garantizaban una excelente programación. En poco tiempo su fama lo llevó a ser nombrado administrador supernumerario y comenzó a ir de teatro en teatro para salvarlos de la quiebra. Se volvió entonces un amuleto de la buena suerte para Cine Colombia en Barranquilla.

Primer contacto con la fotografía

Un día que Nereo se encontraba trajinando con sus obligaciones administrativas, llegó su amigo Hernando Franco Bossa con una cámara fotográfica y le pidió que se la guardara mientras salía de viaje. Los ecos huracanados de la Segunda Guerra Mundial llegaban al país y, por razones de seguridad, estaba prohibido viajar en avión con un equipo fotográfico. De esta manera, tan inesperada como premonitoria, Nereo tuvo su primer contacto con una herramienta que, andando el tiempo, sería su profesión.

Era una cámara alemana de fuelle Agfa, y empezó a tomar fotos sin ningún conocimiento. Por supuesto, esas primeras tomas fueron un desastre. Se fue entonces a visitar a su amigo Jimmy Scopell, dueño de un almacén de artículos fotográficos en Barranquilla, que le recomendó que comprara un manual de instrucción fotográfica Kodak para que empezara a ahondar en los secretos del oficio. Ese fue el verdadero inicio del periplo que lo conduciría, en un futuro,

a ser uno de los fotógrafos más connotados de Colombia.

A medida que estudiaba el manual, Nereo se empezó a interesar más y más por la fotografía y comenzaron a surgirle inquietudes. Entonces, intensificó sus visitas a Scopell, que de manera generosa compartía sus conocimientos técnicos con el ansioso aprendiz. El capítulo final del manual estaba dedicado a las fórmulas para revelar rollos y Nereo encontró allí un problema difícil de resolver. En esa ocasión, decidió acudir a un pariente de su esposa, uno de esos fotógrafos que iban de pueblo en pueblo tomando fotografías para cédulas, y este se tomó el tiempo necesario para enseñarle a revelar una película en el cuarto oscuro.

De manera rudimentaria, utilizando los platos de la cocina, pues durante la guerra escaseaban los implementos para cuarto oscuro, Nereo empezó a investigar por su cuenta el proceso de revelar, aprovechando la noche en un lugar de su vivienda que acondicionó para ese fin. Siguiendo las instrucciones del manual, construyó una ampliadora de cartón con una cámara de fuelle. También comenzó a coleccionar libros sobre fotografía, los que compraba cada vez que iba al almacén de Scopell o donde los encontrara, hasta llegar a tener una biblioteca especializada que hoy alcanza, según inventario reciente, cerca de 1800 volúmenes.

Mientras tanto, seguía ejerciendo su labor de supernumerario en Cine Colombia, un trabajo en el que, en realidad, no tenía horario. Se encargaba de todos los oficios de la sala, desde seleccionar y proyectar la película, hasta la publicidad y el sonido. Un día que un técnico verificaba la resonancia de los parlantes en el teatro, Nereo se puso a escuchar y comentó la calidad del sonido. Impresionado por su buen oído, el técnico empezó a utilizarlo desde enton-



Flautista en Carnaval de Barranquilla, sin fecha



Vapor en el río Magdalena, Barrancabermeja, 1947

ces como consejero para la calibración de las cornetas en los cines de la ciudad.

Para esa época, ya Miguel Arenas había sido trasladado a la zona de Bogotá, la más importante de la empresa, aunque la sede oficial era Medellín. Cuando vino para la inauguración del nuevo Teatro Colombia, una sala cerrada con grandes ventiladores en el centro de Barranquilla, Nereo aprovechó para solicitarle un traslado a la capital. Pero Arenas, siempre cauteloso, lo instó a que permaneciera en Barranquilla hasta que apareciera una oportunidad. No obstante, lo invitó a Bogotá a conocer la sede principal. Nereo se hospedó en un hotelito frente al recién inaugurado Teatro Colombia, hoy Jorge Eliécer Gaitán, sobre la carrera séptima, y, por primera vez, tuvo la oportunidad de conversar con los dirigentes de la empresa.

Uno de esos días de 1947, ya de regreso, en Barranquilla, llegó de visita Jorge Osorio Gil, abogado de la compañía. En el curso de su primera conversación con Nereo, Osorio le propuso ir como administrador general de la zona sur de Santander, con sede en Barrancabermeja, en

donde, a raíz de un arqueo de caja, se había detectado un desfalco. Al incipiente fotógrafo esta plaza desconocida le pareció un reto y la oportunidad de demostrar la experiencia que había ganado en los cines de Barranquilla. El nombramiento era de urgencia, tenía que partir en dos días, pues en la ciudad petrolera lo esperaban con impaciencia.

Barrancabermeja

El Teatro Libertador de Barrancabermeja era amplio, tenía un segundo piso que estaba dividido entre un palco abajo y un apartamento trasero con oficina, en donde se hospedaba y trabajaba el administrador. En el momento de posesionarse Nereo, esta sala, arrendada por Cine Colombia, estaba totalmente desprestigiada entre la comunidad, debido a su mal sonido y a la pésima calidad de sus proyecciones.

Nereo empezó a trabajar con tesón, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, el cine no prosperaba. Fue necesario insistir hasta el cansancio para que por fin le encargaran al hijo del dueño de la sala, con quien ya ha-

bía entablado una amistad, que armara un buen sistema de sonido. Cuando se estrenó el nuevo equipo, con la película *Mujer*, basada en una canción de Agustín Lara, sonó tan bien que Nereo se puso en contacto con Discos Fuentes para que le enviaran cada semana las grabaciones recientes y, en contraprestación, anunciaba en la pantalla: “La música que escuchan es cortesía de Discos Fuentes”. Con este primer paso, se empezó a enderezar el destino del teatro, porque, desde antes de la función, los espectadores escuchaban la música rumbera que se tocaba en la sala y, después, se popularizaba en el resto de la ciudad.

Si bien Nereo llegó solo a Barranca, una vez instalado trajo a su esposa, la cartagenera Sarita Cordero Leal, con quien tuvo dos hijos: Álvaro y Nereida. En poco tiempo, el flamante administrador empezó a moverse en los círculos sociales más influyentes de la ciudad. Se hizo socio fundador del Club Cardales, nombre derivado de una ciénaga que forma el río Magdalena detrás del puerto fluvial, a través del cual contribuyó a hacer obras en beneficio de la comunidad.

Sin embargo, a medida que crecía su popularidad, también comenzó a deteriorarse su matrimonio. Nereo era una persona carismática que atraía a amigos y admiradoras. Pero tal cosa no encajaba bien con su esposa, que, ante el intenso horario que exigía su trabajo como administrador del cine, así como ante las demandas de su afición a la fotografía y las actividades deportivas y sociales de un mujeriego insobornable, desarrolló unos celos furiosos. En esa época, estaba en boga el mambo de Dámaso Pérez Prado, y su esposa se quejaba, con razón, de sus andanzas y calaveradas en las fiestas en las que él, asiduo bailarín, era el centro de un núcleo de celebrantes.

Bajo su administración, el Teatro Libertador empezó a ganar terreno. Con las

mejoras introducidas, la concurrencia aumentó hasta hacerse rentable. La gerencia de Cine Colombia estaba contenta con el giro que había tomado la sala. Mientras tanto, Nereo siguió incrementando su afición por la fotografía. Y sus amigos de los campamentos petroleros empezaron a pedirle que les revelara sus rollos de película, cosa que hacía con gusto, ya que sentía un verdadero amor por el oficio.

Para entonces también había mejorado su equipo fotográfico, con una cámara Leica de 35 mm, una Rolleiflex y otra de 4x5. Llegó el momento en que empezó a cobrar por el revelado, para pagar los costos del material. Y, cuando se hizo muy grande el pedido, decidió montar al lado del teatro un almacén de artículos fotográficos, como aquel de Jimmy Scopell en Barranquilla, en donde había iniciado su aprendizaje.

Como fanático de la “pelota caliente”, con el dinero que ganaba fundó un equipo de béisbol, cuyo desempeño contribuyó a popularizar el deporte en la capital petrolera. Si bien Barranca es una ciudad santandereana, la mayoría de sus habitantes son inmigrantes del litoral Caribe que conservan la afición por este popular deporte, y en esa época cada campamento petrolero tenía su equipo. La revista *La Antorcha* saludó esta empresa deportiva con la publicación de una foto del joven administrador y de uno de los integrantes del equipo, así como con una nota:

El ambiente deportivo de Barranca se tonificará con la fundación de un nuevo conjunto de béisbol. No sabemos qué nombre llevará el equipo ya en plena organización, pero sí tenemos el placer de estampar el nombre de nuestro amigo don Nereo López como el del fundador y organizador de ese conjunto [...].

La Dirección de esta revista aprovecha la ocasión para agradecer al señor Nereo López la ayuda prestada a *La Antorcha* me-

diante sus magníficas fotografías. Como ya es de dominio general, Nereo es un magnífico reportero gráfico, cuyas instantáneas han adornado en varias oportunidades esta revista. (*La Antorcha*, 5 de septiembre de 1951)

En efecto, entre las primeras fotografías que Nereo publicó en Barrancabermeja se encontraban imágenes deportivas tanto en *La Antorcha*, como en *Barranca Deportiva* y el *Diario Gráfico*. El miércoles 31 de octubre de 1951 se publicó una en particular que muestra al orgulloso equipo “Nereo, Estudio Fotográfico”, integrado por Santander Ortiz, José Foster, Guillermo Ennis, Hernando Galvis, Tito Camargo, Solongel Rodríguez, Arturo Palomino, José Camargo, Luis Téllez, Fortunato Machuca y José Tovar.

Un poco antes de esto, en la publicación *Santanderes*, cuyo lema era “Revista de expresión santandereana al servicio de Colombia”, había aparecido un perfil que sintetizaba de manera contundente la incipiente trayectoria fotográfica de Nereo:

Desde hace tres largos años se encuentra radicado en la ciudad de Barrancabermeja el ya prestigioso fotógrafo cartagenero Nereo López, nuestro colaborador gráfico en ese puerto. Nereo es un hombre joven, sencillo, con una abrumadora personalidad de artista que lo distingue a primera vista entre los de su profesión. Ha infundido a su personalidad el juvenil desasosiego espiritual que lo mantiene en la búsqueda permanente de motivos panorámicos y de tipos étnicos y sociales para captar con su máquina fotográfica.

Nereo es, antes que todo, un estudioso de su profesión. De la etapa del retrato propiamente dicho ha pasado al campo intuitivo, pudiera decirse, de la fotografía, campo que exige condiciones sensoriales e intelectivas, recreación amorosa en el desentrañamiento de la expresión estética y la verdad plástica de las figuras y paisajes. (*Santanderes*, febrero-marzo de 1951)

Desde esta reseña inicial de su trabajo, se advierten los intereses que dominarán para siempre la vocación artística de Nereo. La semblanza de aquella época es precisa en detallar los temas que enfocaba el naciente fotógrafo:

En esta función —que tiene para él un alto significado deleitante— emplea la mayor parte de su tiempo, ora en su estudio de la ciudad, o ya recorriendo las callejas del puerto, en contacto con los tipos humanos de braceros o bogas, de marineros y trabajadores del petróleo. Otras veces, no importa la hora, con luz de sol o de luna, se suma al laboreo de la pesca para presenciar la faena en toda su intensidad gráfica.

Así, y como resultado de su vocación, exhibe Nereo un archivo completísimo de fotografías que relievan en todos sus rasgos visibles los principales aspectos del puerto, desde el esfuerzo humano del obrero que mantiene tensa la soga metálica del barco, pasando por las escenas movibles de la pesquería, hasta la serena presencia de los panoramas cambiantes del río Magdalena, con sus muelles, sus barcos y sus lanchas. Su obra comienza a despertar interés entre los entendidos y amigos de la fotografía moderna, de la reseña gráfica periodística. (*Santanderes*, febrero-marzo de 1951)

En su almacén de artículos fotográficos, Nereo organizó también un pequeño estudio que en poco tiempo ganó una numerosa clientela. Si bien era todavía un fotógrafo aficionado, sin instrucción precisa sobre iluminación o las técnicas necesarias para lograr un buen retrato, era un mago de la intuición con un eficaz equipo. Y las mujeres, en especial, se emperifollaban y maquillaban en exceso para retratarse, aunque después tuvieran dificultad para reconocerse en la fotografía.

Sin embargo, los celos de la competencia no tardaron en sembrar cizaña en



Cusco (serie El Tren), Perú, 1960

el normal desarrollo de sus actividades comerciales. Para evitar la inquina y desembarazarse del estrés que tal situación causaba, decidió concentrar todos sus esfuerzos en sus intereses fotográficos independientes, su equipo de béisbol y su trabajo administrativo.

El ambiente político de la ciudad también conspiraba para inquietar a Nereo. Un año después de llegar a Barrancabermeja, el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, había caldeado los ánimos. Los conservadores armados intimidaban, torturaban e incluso ejecutaban a quienes consideraran enemigos de su doctrina. Eran los inicios de una época funesta que llegaría ser conocida como La Violencia, por el estado de degradación a que llegó el conflicto.

En esa atmósfera de incertidumbre, los oportunistas del momento empezaron

a asediarlo para exigirle entradas gratis al teatro. Por supuesto, Nereo se negó de manera obstinada hasta que empezaron a llegar las amenazas. Recuerda que por las noches circulaba una camioneta con altavoces que instigaba a los conservadores a “castigar” liberales. Y, a medida que crecía la inseguridad, algunas personas comenzaron a preguntarle por su filiación política.

Como siempre, Nereo trató de mantenerse al margen de la política, pero su posición suscitó todo tipo de sospechas. Una madrugada llegaron personas a rastrillar las rejas del teatro con los revólveres, gritando que necesitaban que fuera a tomar una fotografía “a las buenas o a las malas”. A pesar de sus protestas, Nereo no tuvo otra alternativa que vestirse y dejarse llevar en un *jeep* hasta el Hotel Pipatón, en donde tuvo que fotografiar un retrato de Laureano Gómez con un grupo de conservadores que

se entretenían con sus pistolas en medio de una aterradora borrachera.

Finalmente, Nereo tuvo la suerte de que militarizaran la zona y de que el comandante del Ejército, que oficiaba de policía, fuera un fanático de la fotografía y católico de misa diaria. El coronel Acosta visitaba su almacén para revelar sus rollos, hacía preguntas o solicitaba consejos sobre fotografía.

Aprovechando la amistad que entablaron, un día Nereo le expuso la situación de desamparo en que se encontraba por las amenazas recurrentes. “Usted sabe, coronel —le dijo en tono confidencial—, si dejo pasar a todo el mundo, se me llena el teatro y sin recursos económicos termino en la calle”. El militar se manifestó sorprendido con esta revelación, pero con decisión solidaria se propuso hallar a los responsables y puso coto a la zozobra por la que atravesaba su amigo fotógrafo.

La fotografía como actividad profesional

Fue en esta coyuntura cuando Nereo empezó a pensar en profesionalizar su afición y se matriculó en un curso de especialización de fotografía por correspondencia en una escuela de Nueva York. Por esa época, un día desembarcó en el puerto el escritor Manuel Zapata Olivella, que iba para Barranquilla en uno de esos hermosos barcos fluviales que surcaban el río Magdalena.

Nereo estaba en el muelle cuando vio desembarcar a su viejo compañero de infancia. El encuentro de estos dos amigos, que no se habían visto en largos años, fue de intensa emoción para ambos. Después de los saludos y los recuerdos, Nereo invitó a Zapata Olivella a visitar el teatro que administraba.

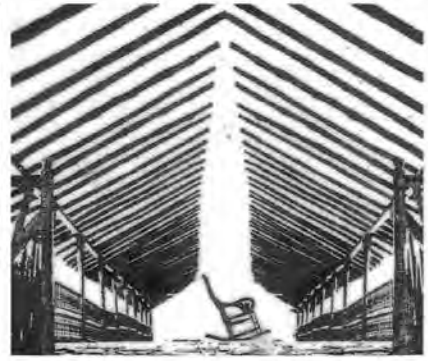
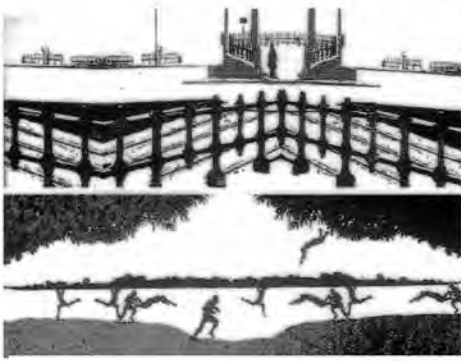
Una vez allí, el escritor quedó impresionado con el trabajo que Nereo había

hecho en el teatro, pero se impresionó aún más cuando lo llevó al segundo piso. Lo primero que vio fue una fotografía del Salto de Tequendama. “¿De quién es esta toma?”, preguntó Zapata. “Es mía —respondió Nereo—. Es más, mira todas estas fotos que tengo aquí”.

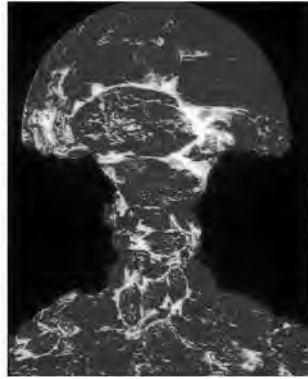
Asombrado al ver las fotografías, que revelaban una sensibilidad especial, Zapata Olivella exclamó: “Nereo, ¡tú tienes aquí una mina!”. Zapata insistió en llevarse una selección para escribir un reportaje sobre el encuentro con su viejo amigo de infancia. Lo que hizo fue llevarlas donde Gabriel Trillas, un español exilado de la guerra civil de su país que se desempeñaba como jefe de redacción de la revista *Cromos* en Bogotá.

“Cargado con aquel tesoro —recuerda Zapata— deslumbré al español Trillas en *Cromos*, que dio al traste con la anónima pasión del administrador de una sala de cine ribereña. ‘¿Este tipo quién es?’, me preguntó. ‘Dile que siga colaborando con nosotros’”. Zapata Olivella también le mostró las fotos a José el Mono Salgar en *El Espectador*. Y solo fue cuestión de tiempo para que entre todos conspiraran para que Nereo mostrara sus imágenes.

La primera fotografía que apareció en el diario capitalino fue publicada el 22 de enero de 1952. Y el 27 de enero se lee: “Foto enviada desde Barranca”. La revista *Cromos* incluyó su primera imagen el 22 de noviembre de 1952. Y el 13 de diciembre el editor expresó: “Fotos tomadas por Nereo, el extraordinario fotógrafo de la costa”. El 24 de mayo de 1953, el *Magazín Dominical*, de *El Espectador*, dedicó la portada a una de sus fotografías, titulada *Sancocho*. Y una semana antes, el 16 de mayo, *Cromos* ilustró su portada con una bella imagen del legendario vapor *David Arango*, que tiempo después sucumbiría bajo las llamas de un criminal incendio.



TRANSPHOTOGRAPHS BY
NEREO



Muestra de transfografías (fotografía experimental)



Marta Traba, 1964



Escalera al cielo, sin fecha

Ese era el estímulo que Nereo necesitaba para lanzarse de lleno a la fotografía. Renunció a su trabajo como administrador del teatro en Barrancabermeja y, con el dinero de la cesantía y las prestaciones sociales, se fue a Nueva York a presentar su tesis de grado en la especialización de fotografía de niños.

En Nueva York, divorciado ya de su primera esposa, el tiempo le alcanzó para conocer a Ester, una bella dama con quien se casó para formalizar una fugaz alianza que se había iniciado a raíz del interés que suscitaba en la “gringa” el exotismo de esa Colombia, con su selva, sus montañas, sus playas y caudalosos ríos, aderezada, además, con las maravillosas historias que Nereo le contaba a la luz de una chimenea en Manhattan, en medio de un nevado invierno.

Cuando regresó a Barranquilla, en 1952, Nereo fue nombrado corresponsal de *El Espectador*, cuyos jefes de redacción y de fotografía, *el Mono* Salgar y Alberto Garrido, respectivamente, ya conocían el trabajo que había adelantado durante su permanencia en Barranca.

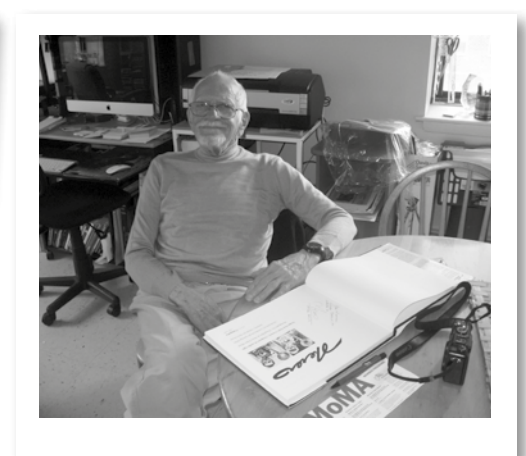
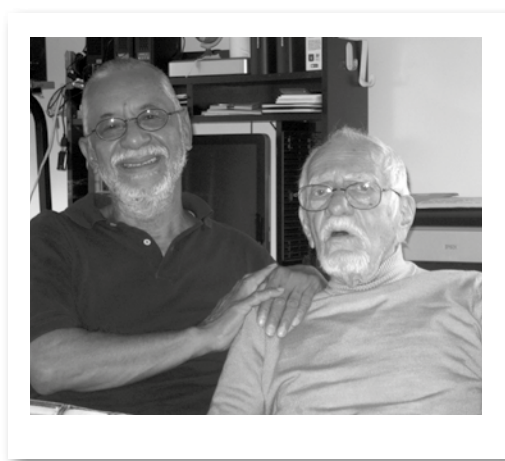
Como fotógrafo independiente, trabajó en todo tipo de proyectos. Uno de los más rentables era el de los álbumes de boda, que incluían una secuencia de fotografías que narraban la boda y una portada bordada con cordones de seda. Esto se volvió tan famoso que matrimonio que se respetara tenía que incluir en su presupuesto el álbum fotográfico de Nereo; un nombre que, en la Barranquilla de los años cincuenta, estaba asociado a un trabajo de calidad artística y que permitía, además, entretener



la ilusión de que las fotos fueran publicadas en *El Espectador*.

A partir de esta etapa de su vida como fotógrafo, su fama empezó a crecer de manera ininterrumpida, pasando por su integración al Grupo de Barranquilla y sus fotos de La Cueva; su participación como protagonista y director de fotografía de *La langosta azul*, que ha pasado a la historia como la primera película con un argumento surrealista que se haya realizado en Colombia y América Latina (1954); su cobertura especial de la visita del Papa Paulo VI a Bogotá, a clausurar el Congreso Eucarístico Internacional de 1968; el cubrimiento

gráfico de la entrega del Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez en Estocolmo (1982); su paso como corresponsal gráfico de la famosa revista brasileña *O Cruzeiro*, en donde se publicaron destacados reportajes gráficos; los numerosos premios nacionales e internacionales que acreditan la calidad de su trabajo fotográfico; hasta la última etapa de su vida en Nueva York (2000 a 2015), en donde incursionó en la fotografía digital con estimulantes propuestas gráficas, sin olvidar su prodigiosa creatividad consignada en una veintena de libros que dejó publicados o inéditos para futuras ediciones. ■■



Nereo López y Eduardo Marcelles en el estudio del fotógrafo en New York, 2012